



LAS CRÓNICAS
DEL PERONISTA ERRANTE
I. Las sombras del tiempo

Marcelo Guillermo Paier

LAS CRÓNICAS
DEL PERONISTA ERRANTE
I. Las sombras del tiempo



Primera edición: noviembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marcelo Guillermo Paier

ISBN: 979-13-87909-48-2

ISBN digital: 979-13-87909-49-9

Depósito legal: M-23462-2025

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Vanesa, la mujer que me regaló su tiempo,
para que yo pudiera viajar por el mío.*

«La patria, amigos, es un acto perpetuo.
Nadie es la patria, pero todos debemos
ser dignos del antiguo juramento
que prestaron aquellos caballeros
de Ser... argentinos.
Somos el porvenir de esos varones,
la justificación de aquellos muertos.
Nuestro deber es la gloriosa carga
que a nuestra sombra legan esas sombras
que debemos salvar.
Nadie es la patria, pero todos lo somos.
Arda en mi pecho y en el vuestro, incesante,
ese límpido fuego misterioso».

JORGE LUIS BORGES

Y entonces la vi. No podía saber que era ella, pero lo supe. Había en su rostro, o quizás en su quietud, algo que desbarataba cualquier incertidumbre. Bastó una mirada para que los ecos de Fernando resonaran en mí con una claridad imposible. Me acerqué, consciente de la temeridad del gesto, y pronuncié apenas un murmullo que era pregunta y certeza a la vez:

—¿María?

En ese preciso instante, en la intimidad de la muchedumbre abigarrada que llenaba el vagón del tren a Plaza que nos abrigaba y separaba al mismo tiempo, todas las dudas, todos los reparos que durante años me habían acompañado, se disolvieron. Fue como si el universo —o su reflejo— accediera a alinearse con la voluntad de Fernando, obligándome a aceptar el papel que me había sido reservado: el de su cronista, el de su confidente tardío, el de quien debía guardar sus secretos para después revelarlos, no como una narración trivial, sino como un testimonio que buscaba, de algún modo, perpetuar su existencia, darle forma a algo que, de otro modo, hubiera quedado perdido en el olvido.

Y ahí estaba ella, para darle certezas a cada palabra.

Conocí a Fernando hace más de treinta años. Un intervalo que podría equivaler a toda una vida, aunque nuestras existencias solo se cruzaron en tres ocasiones. Cuatro, si he de ser preciso, aunque aquel último encuentro fue un instante robado al tiempo, casi una nota al pie en el texto de nuestras vidas. Nuestras conversaciones siempre se desarrollaron con una taza de café de por medio, en la misma mesa de un bar situado en la esquina de una Adrogué que parecía diseñada para extraviarse. Aquella ciudad hausmaniana, encajada en la vasta cuadrícula de la provincia, era un laberinto sin muros, sin centro, sin anversos ni reversos. En ese espacio singular e infinito, yo me encontraba y me perdía una y otra vez, como si

el lugar mismo fuera el reflejo de mi relación con Fernando: un hombre que, con el paso de los años, supe reconocer no como un otro, sino como mi *alter ego*, o quizás, más exactamente, como la proyección de una parte de mí que nunca había terminado de comprender, pero que él parecía encarnar.

Tal vez sea hora de admitir que soy una invención de la mente febril de Fernando. Y estas líneas son puro cuento. Una ilusión, como ese bar que ya no existe, en un pueblo que durante mucho tiempo ni siquiera era parte del catastro provincial, solo un rumor esparcido entre sus habitantes que se empeñaron en darle vida. Pero esa es otra historia; ahora quiero regresar al primer encuentro, que por aquel entonces consideré casual, pero ahora, con la irrefutable perspectiva que me otorga el tiempo, no considero que haya sido así.

Como cada mañana, garabateaba en mi cuaderno mientras saboreaba el embriagador aroma a vainilla de mi café con crema servido en vaso de vidrio, hasta volverme invisible tras una etérea bruma colombiana que se disipaba tan lentamente que parecía detener el tiempo. Entonces, a un par de mesas, tomó forma un sujeto bastante singular que procuraba captar mi atención. Ahí estaba Fernando, acechando como un felino hambriento. Suponiendo que nos conocíamos, cometí el desliz de saludarlo con una leve inclinación de cabeza. Fue un error, porque desde ese momento no pude evadirlo. En un abrir y cerrar de ojos, lo tuve sentado frente a mí.

«¡Compañero! —me espetó sin mayores formalidades, y ante mi estupor, añadió—: Compañero... vamos, que todos somos peronistas». Apenas me sobrepuse del cimbronazo, le retruqué con aspereza: «Yo no». Se produjo un incómodo silencio. «Te observaba bosquejar... es un don extraordinario dibujar de esa manera», continuó, con una expresión de asombro. Instintivamente cerré mi cuaderno y le retribuí con una sonrisa a modo de agradecimiento. Eso fue todo lo que necesitaba para entrometerse entre mis cosas para siempre.

Su pelo revuelto como la rosa de los vientos, la mirada de aquel que lo ha visto todo y esos rasgos marcados que con el paso de los años se fueron contrayendo en torno a una nariz cada vez más quijotesca, le conferían un aspecto decididamente excepcional. Hablaba incesantemente, como si necesitara desahogarse con alguien. Debo aceptar que su charla era cautivadora, acaso por lo inverosímil. ¿Cómo creer a alguien que, entre otras cosas, se jactaba de haber creado el fútbol y los viajes en el tiempo? A partir de entonces, todo lo que podía describir era pura fantasía. O el discurso de un lunático. Durante mucho tiempo, Fernando me tuvo tan confundido que no podía determinar si sus viajes eran reales o si me narraba escenas de una imaginación tan desbordante como la de Segismundo en la torre.

«Déjame que te cuente, por favor, déjame que te cuente bien cómo fue la cosa», me suplicaba cada vez que interrumpía su relato delirante y amenazaba con marchame. Tenía suerte que yo no tuviera nada mejor que hacer. Entonces se quedaba pensativo, apoyando una mano en su mentón prominente mientras concebía nuevas locuras con las cuales nutrir su ya atiborrada fábula. Observaba el humo de mi enésimo café y avivaba mi curiosidad: «¿Tenés idea de cómo huele el café en un vivac en medio de la yunga salteña junto a Belgrano y Lamadrid? —sus ojos destellaban—. Yo tampoco —se respondía entre sonrisas— pero vamos a descubrirlo». Y estallaba en una sonora carcajada. Y esa es la segunda razón, siempre conseguía atraparme con su relato. Algunos tipos necesitamos de una buena historia para sentirnos reconfortados.

«Tomá nota», repetía una y otra vez golpeando la mesa con un dedo. Temía olvidar los detalles, porque los repetía constantemente, todo estaba en los detalles. Fernando quería que fuera el cronista de su relato. Me confesó que alguna vez me había espiado mientras tomaba notas en un pequeño cuadernito negro de tapa blanda, pero que nuestro vínculo venía de mucho tiempo atrás. Desde siempre. Le dije que no era escritor y el respondió que eso no importaba pero que por algo que ocurriría en un pasado tan

alternativo como improbable, debía ser yo.

—Yo viví mil vidas en una, una más increíble que otra, estuve en medio de todo, fui parte de todo, estuve con todos, soy el más fiel testigo de la historia, de nuestra historia porque vos fuiste parte de ella, vos también fuiste un testigo involuntario y privilegiado y ahora estoy frente a vos para que la des a conocer al mundo. Vas a considerar que estoy piantado, y está bien, yo pensaría lo mismo si alguien se me acercara de esta manera, pero ya habrá tiempo para que todo se aclare... hoy necesito que creas en mí.

¿Qué llevó a sumergirme en sus desvaríos? Tal vez mi propia desesperación porque, en cierto punto de su relato delirante, también estaba escribiendo mi propia historia. O mejor dicho, la que nunca fue. Y María.

Como mencioné, tuve tres largas charlas con Fernando. Aquella primera, café de por medio, la segunda, un año más tarde hacia 1984 y la última, veinte años después. Aunque como ya indiqué, lo vi cuatro veces. Porque entre el primer y el segundo encuentro hubo un día que lo pillé escribiendo con tiza sobre el asfalto de una callecita de Adrogué. Aprovechando su ensimismamiento, me oculté detrás de la ligustrina de un chalecito ubicado en la plaza Azopardo, un meollo de seis esquinas donde aún se percibe el eterno aroma de los eucaliptos. Lo observé mientras anotaba nombres y datos sobre el pavimento de la calle Bouchard. Escribía en filas y columnas, con la métrica enmarañada de un poseso. Una vez terminado, resultó un jeroglífico tan inasequible como el propio barrio que nos rodeaba. Porque nadie escapa de Adrogué ni de los delirios de Fernando. Esperé pacientemente hasta que se fuera para tomar nota de lo que había escrito antes que el caucho de los autos desvaneciera las palabras. Y esta es la transcripción tal como estaba trazada en la calle:

CUADRO DE NOMBRES

León	1a0	Bosco	PBbailantango	Richieri
un barco	Araucana	vuelos	quirquincho	Pekerman
Sspiritu	Cnel Lynch	ChGardés	SarmientoJack	30oct
Ñusta	circunnavega	Lecorbu	manifiesto	Darío
B°Viejobueno	peste	Saintex	nuncaviajó	Viggso
Pucará	Nostradamus	Aleph	Alicia	Mardeajó
Lullaillaco	príncipe	lodehansen	evolución	Anna
cordillera	3ranas	conejo	Tokio	5esquinas?

En ella, había nombres familiares y otros desconocidos, accidentes geográficos, lugares y personajes. Con el tiempo comprendí que ciertas palabras tomaban sentido agrupadas de manera diferente. Pero el conjunto seguía siendo un enigma caprichoso y aleatorio que me llevó a pensar que estaba frente a un loco lindo de esos que siempre deambulaban por el barrio.

Pasado un tiempo, dejé de lado la lista y no le presté atención hasta la última vez que nos vimos. Habían pasado veinte años. Lo primero que me llamó la atención al reencontrarme con Fernando fue que llevaba puesta la misma ropa de las primeras dos citas. Y lo que más me sorprendió fue que conservara el mismo aspecto. Cuando nos conocimos éramos dos jóvenes. De hecho, él era un poco mayor que yo. Formaba parte de la juventud emergente del Mayo Francés y yo pertenecía a la homérica generación de Malvinas. Pero ahora seguía siendo el mismo joven impetuoso mientras que yo era casi un *viejete*, como hubiera dicho María, su amada, tan dolorosamente presente y perdida a lo largo de su relato.

Debo admitir que, en todos esos años transcurridos, mi vida no había cambiado demasiado. Ni siquiera le costó encontrarme. La última vez que nos reunimos, me halló en la misma mesa del mismo cafetín de cinco esquinas. Y en la misma desesperante espera.

Y aunque estaba lleno de dudas, me dejé llevar por sus aguas turbulentas. Después de todo, ¿cómo podía refutar sus delirios? ¿Cómo demostrarle que esta realidad objetiva no era una creación suya? Aquel día acepté darle forma a su relato arrebatado, retomé los apuntes que había tomado en las anteriores conversaciones, aunque debo confesar que hacía tiempo que esperaba su regreso. Para entonces, ya había leído a los clásicos sobre el tema, como H.G. Wells o Enrique Gaspar, y había visto todo tipo de series y películas al respecto. Me había sumergido en el estudio y estaba bastante familiarizado con los agujeros de gusano, las singularidades del tiempo y las aporías. La teoría por supuesto, porque ahora me enfrentaba a la paradoja irresoluble de un hombre libre que viajaba sin pausas ni renunciaciones en busca de la libertad.

Lo que sigue es la historia de los viajes que me contó aquel primer día en el bar, para los cuales tomé como año cero lo ocurrido en Ezeiza. Como en su relato, el tiempo avanza y retrocede según aquel origen, de manera que sus saltos se situaban antes del Fernando de Ezeiza (a. F.) o después del Fernando de Ezeiza (d. F.)

La última vez que nos vimos le conté que lo había visto escribiendo sobre el asfalto. Después de abrazarme emocionado, me confesó que él todavía no había pasado por ese tiempo. Que seguramente se trataba de una lista para no olvidar. E insistió con lo de los detalles y un cuaderno muy especial que había traído de otro tiempo, en el cual había anotado cada salto hasta el día que lo perdió. «Desde entonces hago listas», masculló. Y entusiasmado por mi revelación, comenzó a contarme cómo aprendió a viajar en el tiempo a su voluntad. Pero eso es algo que dejaré para otra ocasión. Como ese encuentro con María en el tren de las quince y treinta a Constitución.

Tal vez lo haga en otra vida.

O

Fuimos ingenuos. Corríamos entre la muchedumbre escapando al silbido de las balas, sin vislumbrar la trampa que nos habían tendido. Otra artimaña más. Ansiábamos alcanzar el bosquecito, más nos topamos de frente con francotiradores apostados en una lomada al otro lado de la autopista. Yo marchaba rezagado respecto de los compañeros, pues acompañaba a la Gabi, una decidida camarada de militancia a quien había conocido un año atrás en una asamblea estudiantil y de quien creía estar profundamente enamorado. Tal era la fascinación que ejercía sobre mí esta joven y sus rizos, que el día que comenzamos a salir ni siquiera asistí a la cancha para ir a ver al Bicho, a mi Argentinos Juniors querido, que se jugaba una parada brava frente a Boca. Era sorprendente cómo, en aquel momento, me preocupaba tanto su seguridad, habida cuenta de que enseguida me desentendí de ella como si jamás hubiera formado parte de mi vida.

Y algo de eso fue cierto.

No pude evitarlo. Y ella no me lo perdonó. Al menos no por ahora. No puedo culparla, jamás habría comprendido la serie de eventos extraordinarios que se sucedieron a continuación. De la misma manera que, a través de mi caleidoscópico cristal del tiempo, su lucha se me tornó un amasijo de mentiras y contradicciones, convenientemente engarzadas en un relato.

Antes de aquellos eventos, buscábamos cualquier pretexto para andar juntos. Y en esa fecha santa, teníamos la excusa perfecta. Pasar juntos un día peronista. El más esperado. El regreso definitivo

del general, los bosques de Ezeiza y las pasiones exacerbadas. Vaya si había motivos para festejar.

Veinte de junio de 1973.

Pon mucha atención a las fechas, pues mi relato rebota contra ellas como la bolita de un *pinball*.

Partimos desde Avellaneda, donde habíamos debatido entre marchar de manera orgánica junto a la JOTAPÉ como deseaba Gabi o hacerlo espontáneamente y como el pueblo en el 45, como lo había imaginado desde niño, derramándonos por las calles como una idea irrefutable. Por pura obstinación impuse mi voluntad y nos trepamos a un viejo Rastrojero junto a la negrada. A pesar del sol peronista, el frío te calaba los huesos. No nos importaba. Cantamos hasta quedar sin voz, presos de la enorme felicidad que nos generaba su regreso. Estábamos inquietos. No era para menos. Volvía y esta vez era para quedarse.

«Luche y vuelve», fue la consigna durante esos años de proscripción. Y luchamos. Y volvía. Y desafiando a la autoridad impuesta, ahí estábamos: los olvidados, los sin nombre, los marginados, los pibes como yo. Nadie podía arrebatarnos esa energía, esa emoción indescriptible que nos hermanaba.

Llegamos a Ezeiza unos minutos antes de que todo se descontrolara. Pues muy pronto, los fachos se cobraron con plomo aquella mojada de oreja de la JP cuando le copó Plaza de Mayo el día de la asunción del Tío Cámpora. Era inevitable que, más temprano que tarde, esas dos ideas antagónicas se enfrentaran, que disputaran la bendición del líder indiscutido que volvía para poner en orden la casa. El día había llegado. Y en medio estábamos nosotros, su pueblo. Tenía solo cinco años cuando los gorilas golpistas derrocaron al gobierno en el 55. Y anhelaba estar allí para su regreso.

Quería ser parte de la historia. Y lo fui.

Con ese indescriptible anhelo que aún hoy, después de tanto vivido, me estremece, avanzamos sin problemas hasta las primeras vallas. *Bum, bum, bum*, los bombos resonaban al ritmo del himno, las consignas antagónicas y la suelta de palomas que huían espan-

tadas a causa de algunos cohetazos de origen variopinto. Leonardo Favio arengaba desde el escenario montado en Puente 12, mientras imploraba calma a las multitudes de zurdos, desviados y adictos que, una vez más, intentábamos arruinarle la fiesta a la derecha.

En un momento, como premonición de un sombrío destino, el cielo se oscureció. El avión negro, como solían llamarlo los peludos, cruzó el firmamento sin detenerse mientras, en tierra firme, *pim, pam, pum*. Los Manos dejaron de batir el parche y entraron a meter plomo. Debo decir que se armó un quilombo bien de los nuestros. Los tiros venían todos del mismo lado. Desde el escenario, desde los árboles y también desde los edificios vecinos. O eso creía por aquel entonces, cuando todavía tenía la mirada sesgada y no comprendía que apenas era un chivo expiatorio en medio de una disputa sorda entre dos bandos antagónicos que pugnaban por una idea de patria, de lugar, de mundo. Los tiros venían de todas partes. Y si por allá pintaban los fachos de la ortodoxia, de este lado, la muchachada no le iba a la zaga. Y si entre los de aquel bando había instructores de la Organisation Armée Secrète (OAS) francesa, de este otro seguramente los enfrentaban francotiradores argelinos escondidos en el follaje de los árboles, importando su conflicto subsahariano al conurbano profundo.

Y comenzó el caos.

La muchedumbre se desató en pánico, y nos vimos arrastrados de un lado a otro. La Gabi y los pibes terminaron al otro lado de la autopista, mientras yo fui a parar contra la pared cubierta de hiedra, bajo el improvisado escenario del puente. De repente, o tal vez no tan repentinamente, alguien agarró de los pelos a un tipo y lo arrastró hacia el palco. ¿Cómo no recordar aquella imagen? Pues bien, yo era el tipo que estaba parado a su lado. La tensión se palpaba en el aire. Y cuando anticipaba mi turno para el destino inexorable, alguien lanzó el grito:

—¡Fernando!

Se produjo un silencio atroz. Ya no percibía el batir de los bombos ni el silbido de las balas ni los gritos desesperados de los

muchachos peronistas que parecían estar sostenidos por los hilos invisibles de una música que sonaba únicamente en mi mente. Fue un instante y nada más, hasta que fui arrancado abruptamente de la escena y todo volvió a acelerarse.

Una muchacha me agarró de un brazo. En verdad, me arrastró.

Por la facilidad con la cual se abría paso entre la multitud, los palos y las balas, inferí que poseía una fuerza sobrenatural. Vestía de rojo, con un brevísimo vestido de raso adornado con un conejo en el pecho, calzas y botas. Demasiado para esa tarde gris. Demasiado para ese mundo gris. Como en una tele vieja, matices de un mismo gris. Y ella, como una gota de sangre en el asfalto, desencadenando el caos. Su entrada en escena fue tan desconcertante como oportuna y no tuve más remedio que dejarme llevar.

Aquella joven era la encarnación perfecta de una heroína de comic. Durante mi adolescencia había hojeado muchos álbumes del Tony, Intervalo y D'artagnan, pero nunca había visto algo semejante. Era rubia, demoníacamente rubia. Quizás por su atuendo, llegué a fantasear que era una regular del Ejército Rojo. Una valquiria rusa, porque no. Una hermosa camarada soviética. La vanguardia bolchevique se desplegaba por La Salada con sus milicias más sofisticadas. Y ella podía haberme jalado hasta Leningrado si así lo hubiera deseado.

Pero no fue tan lejos la cosa. Nos alejamos del tumulto, nos aventuramos por un inquietante sendero de asfalto que serpenteaba a través de los bosques de Ezeiza. Ella corría y yo la seguía como podía; no solo era fuerte, sino también veloz como el rayo. Finalmente, cuando nos detuvimos, estábamos en medio de un pequeño monte de eucaliptos, junto a una cabaña alpina con techos de tejas de madera, ligeramente deteriorada por el tiempo y construida en tiempos más felices.

La joven se disculpó por su arrebató. Hablaba con un marcado acento y estaba visiblemente excitada. No sabía cuánto tiempo le quedaba, y por eso la prisa por regresar al chalecito de ensueño por donde había llegado.

—Partido —la corregí.

—Llegado —insistió.

Se aproximó hasta la entrada, la puerta estaba algo desvencijada y en algún momento, hacía mucho tiempo atrás, según me confesó, yo había pintado rayas azules y amarillas en ella.

—Yo nunca anduve por acá —le advertí.

—No aún —respondió de manera críptica. La muchacha acarició con una mano los restos de pintura descascarada sobre la madera y suspiró aliviada.

Lo que buscaba permanecía allí.

Lejos de aquietarse, me zamarreó por los hombros. Quería saber si estábamos en el veinte de junio de 1973. Asentí con cierta vacilación, aún conmovido por su embriagadora aparición.

Mi confirmación pareció satisfacerla. Se desplomó contra mi pecho. Comenzó a reír y a llorar al mismo tiempo. «Una piantada —pensé—, siempre se me abroja alguna loca». Sin embargo, no con ese porte ni ataviada de esa manera. Ni con esos ojos ni esa boca, mucho menos con esas piernas. Me disculpo si me distraigo al recrearla, como en aquel entonces, cuando la observaba y la observaba mientras ella hablaba incesantemente, como si el hechizo estuviera por desvanecerse en cualquier momento.

Farfullaba incoherencias. Afirmaba que seguramente yo no tenía idea de quién era ella y que podía disculparme porque recién estábamos en 1973, todo esto expresado en un perfecto cocoliche. Decía ser sueca.

—Muy famosa —añadió sin una pizca de modestia—. Una de las mujeres más célebres del planeta.

Y yo medio en broma le pregunté si era más conocida que Perón y ella respondió que de donde procedía, Perón estaba muerto y que yo también lo estaría si no hacía lo que ella decía.

—¿Perón muerto? ¡Blasfema!

Cuando intenté indagar más al respecto, recibí una extraña reprimenda como respuesta:

—¡Las cosas son así porque tuviste razón!

Estaba atónita. Aún no podía creer que finalmente hubiera sucedido. Porque hace pocos minutos, ella se encontraba en un estudio de televisión en Tokio, cantando una canción que llevaba mi nombre y hablaba de tambores redoblando y el lejano llamado de una corneta.

—¿No es mágico?

Y ciertamente lo era. Delirante, incluso cuando pude comprenderlo. Aparecer por la puerta de esa casita de los bosques de Ezeiza en una desapacible tarde de junio del 73 justo un día antes de que empezara el más largo de los inviernos, era tan extraño que me llenaba de recelos. Sin embargo, ella parecía ajena a mis sospechas y estaba tan feliz, que desató su júbilo dándome golpecitos en el pecho. Y apenas hubo de sosegar, me confesó que había viajado atravesando una puertezuela de utilería que vibraba entre bambalinas con un número 1973 pintado a las apuradas. Tal acontecimiento había tenido lugar hacía diez minutos, aunque no en este tiempo.

—¡Vamos aclarando los tantos! —protesté.

Medio desconfiado, la observé con mayor detenimiento. Ligar con semejante mujer vestida con calzas y kimono de raso no era algo que habitualmente le sucediera a un jetón como yo. Sin embargo, me pareció un enfoque demasiado original y me dispuse a seguirle el juego. Con tono de burla, le pregunté si nos conocíamos de algún otro lugar. Ella sonrió y dejó entrever unos adorables incisivos ligeramente separados. Ella dijo:

—Sí.

Decididamente confiado, quise saber cuándo había sido ese encuentro. Ella dijo:

—Ayer.

Me mofé de la muchacha. Pretendía cautivarme con esa sonrisa de un millón dibujada en su rostro exquisito. Pero era inútil. No pertenecía al círculo de las élites ni frecuentaba lugares distinguidos, como todo pibe de La Paternal, mi mundo siempre había sido el barrio, el fulbito y los amigos de la esquina. Y era completa-

mente imposible que nos hubiéramos cruzado el día anterior, pues había pasado el tiempo holgazaneando en mi cama escuchando una y otra vez a Manal en el tocadiscos. «Si querés ser un terrible vago, todo el día panza arriba y a dormir». Eso mismo. Entonces, de manera tajante, le dije con voz ronca, al estilo de Javi Martínez:

—No, piba, no —es que no lograba comprender lo que decía, o tal vez estaba divagando en un español medio traído de los pelos. Le exigí rigor a su relato sin sentido—: Batime la justa. Data, nena, dame data esencial...

Suspiró y luego de negar agitando su larga cabellera blanca, exclamó:

—¡Esa es la verdad!

Refunfuñó en una lengua extraña mientras buscaba las palabras adecuadas. La historia era más o menos así: Yo le había pedido que viniera hasta allí, hasta Ezeiza para salvarme. ¿De qué? Aparentemente no le había dicho en ese momento. Le había indicado que, si no encontraba un portal, debía subirse al avión que traía de vuelta a Perón de regreso desde España, donde se encontraba exiliado. A cualquier precio. Pero ella no viajó en ese momento y que recién pudo encontrar la manera de regresar a este tiempo en 1978. ¡Venía del año 78!

Y se empeñaba en repetir que yo se lo había pedido ayer, pero no este yo, sino yo dentro de diez años. Y que, en ese entonces, en ese pasado revisitado, ella no se animó y no pudo hacerlo hasta que descubrió de manera accidental cómo saltar en el tiempo y el espacio. Esto sucedió hace apenas diez minutos, pero dentro de cinco años. Así como yo lo había hecho, pues fui yo precisamente quien le enseñó cómo, aunque en realidad ella ahora ella iba a enseñarme la manera, para que dentro de diez años pudiera conocerla, ayer.

Indudablemente estaba ante una persona mentalmente desequilibrada. Pero tenía unos ojos que me recordaban a una milonga de Zitarrosa y unas caderas que invitaban al guitarreo. Lo juro por mi vieja que es lo más sagrado de lo linda que era. Pero vamos, lo de 1978 era el colmo del delirio.

—A ver nena, ¿quién ganó la Copa del Mundo? —le pregunté sin rodeos.

—¡Aryentina! —exclamó.

—¡Ahora sí que no te creo nada! —protesté.

—*Dum* —fue su respuesta.

—Estás más buena que el dulce de leche, pero me estás tomando para la joda.

Y ella insistió con esa palabra: «*Dum*». Fue entonces cuando metió mano bajo el kimono y sacó un papelito.

Yo también pensé que podría ser algún ácido, eso lo habría explicado todo. Pero no. Era el pedazo mal recortado de una hoja de cuaderno. Después me enteré de que siempre lo llevaba consigo a donde fuera y que tuvo que ir a buscarlo a su camerino antes de aventurarse por los vericuetos del tiempo. Al entregármelo, se confesó:

—Hace unos años empecé a creer en todo lo que me dijiste aquella mañana en el *cottage* de la isla...

Y así desmontó todos mis escrúpulos. Era una hoja cuadriculada bastante desgastada, con un par de líneas que incluían una fecha, una hora y un lugar, escritas por mi propia mano.

El manuscrito era apenas legible, pero reconocible. Era mi letra. Al pie, rebelaba mi secreto mejor guardado. No diré cuál. Es tan inconfesable que solo yo lo sabía. Y ella, por supuesto, que se mofaba de mí. Por pudor, lo doblé y guardé en un bolsillo, temiendo que alguien más pudiera husmearlo. De pronto, todas esas fantasías lujuriosas que albergaba se disiparon, dejando paso a la confusión típica de un niño ante la ilusión de un mago. No comprendía nada. No sabía qué preguntar. Mi mente se agitaba en un torbellino de miedo y curiosidad ante el umbral de un mundo por descubrir.

Mis piernas flaquearon. Instintivamente, me aferré a ella, que parecía igualmente conmovida. Caímos de rodillas y, abrazados, reímos nerviosamente, como imponen los inicios. Debo confesar que pocas veces en mi vida volvería a sentirme tan pleno. Nos

sentamos en el murete frente a la casa. Ella pidió tabaco y aceptó gustosa uno de mis cigarrillos.

—Tengo que dejarlo, pero hoy no es el mejor día —se excusó mientras lo encendía—. O tal vez sea el mejor día y por eso lo necesito.

Después de un par de caladas, me confesó que cuando nos encontramos por primera vez yo le había anticipado acontecimientos de su vida que se fueron cumpliendo uno tras otro.

Se disculpó por no haber viajado en aquel momento. Había sido madre unos meses antes de conocerme y padecía una condenada fobia a los aviones que jamás pudo superar. Y porque al principio no me creyó nada. Todo esto había sido ayer nomás. Solo que para ella habían transcurrido cinco años. Cinco años en los cuales verificó cada detalle y cada suceso que yo le había relatado en aquel primer encuentro. Cinco años en los que buscó la manera de llegar hasta mí. Ella sabía que yo estaría entre la multitud esperando al general y, apenas encontró la manera de colarse por la tripa y pasar al otro lado, corrió sin detenerse hasta hallarme. Pero no entendía por qué era tan veloz y fuerte.

—Será una consecuencia de viajar en el tiempo... —especuló y encogiéndose de hombros, agregó—: Habrá un orden.

Y para que ese orden tuviera un origen, yo debía estar frente a la puerta de una casa ubicada en la dirección, día y hora, tal como figuraba en el papel que yo mismo había escrito.

—¿Cómo puedo viajar en el tiempo atravesando una puerta? —la apuré—. ¿Dónde están esas puertas?

—Tendrás que aprender a encontrarlas. Yo lo hice y aquí estoy.

Ella se deslizó por uno de esos pliegues en el tejido del tiempo y a partir de eso, le dio otro significado a mi vida. Ese acto de fe dio origen a una de mis tantas vidas posibles. A muchas. En esos años —por venir—, ella procuró la manera de encontrarme y ahora yo debía aprender todo sobre ella y volver a encontrarla para dar forma a un mundo nuevo, el nuestro. Porque de otra manera, uno sin el otro nunca hubiera sido lo que somos.

Cuando ella apagó el cigarrillo contra el murete, ya era suyo. Me encontraba absorto, memorizando cada pequeño detalle de su rostro exquisito. Al mirarla a los ojos, comprendí que nuestro tiempo llegaba a su fin. Tenía tantas preguntas, pero así es la vida. Nada es para siempre. Mucho menos alguien como ella.

Tenía que regresar. Estaba a la mitad de aquella presentación televisiva, allá lejos, en un eventual 1978. Antes de partir me reveló su secreto inconfesable. Y vaya si lo era. Debía recordárselo cuando la conociera y para que eso sucediera debía estar en el lugar indicado en el papel, en día y hora. Y refrendó sus palabras con un beso en cada mejilla.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque al final del camino tal vez nos encontremos.

—¡Ya nos encontramos! —protesté. Preso del deseo, le propuse algo muy de barrio—: Vámonos a Mar de Ajó, mis viejos tienen una casita frente al mar.

Ella sonrió con esos ojazos almendrados mientras se mordía el labio inferior y negaba con la cabeza. Vaya combo.

—Buscame... —insistió—. Y volveré.

El «duche y vuelve» tomó un significado más sensual que pasional. Se despidió estrechando mis manos en las suyas. Un instante antes de que cerrara la puerta de la casita del bosque, le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Agne... Anna.

0

(desaparecido)

—¡No! —protestó Anna, apenas asomé.

La tentación era irresistible, así que me aventuré tras ella por el gusano del tiempo. Cualquiera hubiera cedido ante tal encanto. ¿Cómo negarse a tales promesas? Pero advierto, no lo recomiendo sin preparación física, intelectual y emocional. Sin comprender las posibles consecuencias. Quedé estupefacto.

Al atravesar la puerta de la casita en el bosque, descubrí otro mundo, una existencia distinta. Nos encontrábamos tras bambalinas de un estudio de televisión, donde cientos de orientales se movían como duendecillos, montando una escenografía con un enorme tubo semicircular lleno de globos de colores. Una orquesta ensayaba una melodía extraña a mis oídos y que jamás olvidaré. No pude ver más, pues Anna se precipitó sobre mí.

—¡Esto no está bien! —me reprochó, empujándome hacia la puerta—. ¡Hay un orden!

—¿Cuál? —le pregunté, aferrándome al marco de la puerta.

—Cuando nos conocimos, me pediste que jamás viajara hacia delante de mi tiempo.

—¿Por qué no? —pregunté ingenuamente.

—Porque el futuro es el más aterrador de los lugares.

Tomó mi rostro con ambas manos y con un tierno beso en los labios, Anna desvaneció mi vida conocida. Amigos, familia, militancia, todo se evaporó de repente. Y sin oportunidad de reacción,

me dio un empujón que me trajo de regreso a mi tiempo. Más adelante relataré qué se experimenta al atravesar esa tripa áspera y opresiva.

Aún estremecido por el roce de nuestros labios y el frenético ir y venir, me encontraba de vuelta en los bosques de Ezeiza.

Después de un breve aturdimiento, reflexioné sobre los riesgos de retornar. El sol brillaba, el cielo aún no se había cerrado en aquella funesta tarde de junio. Aún tenía tiempo.

Me precipité hacia donde la multitud empezaba a congregarse. Ahí estaba yo, esta nueva encarnación, con los puños apretados y la mente turbada, rodeado de un pueblo ingenuo y jubiloso. Ajeno a tanta algarabía, porque bien sabía bien lo que iba a acontecer. Poseía la pequeña ventaja del idiota ilustrado. Solo debía aguardar su llegada.

Debía advertirles a mis cumpas y nunca apartarme de ellos. Cuando finalmente arribaron, les inquirí por Gabi. Sus rostros reflejaron sorpresa.

—La Gabi marcha con la columna Sur, ¿te olvidaste de la discusión que tuvieron? —me reprochó uno de los muchachos.

Y no hubo tiempo para más indagaciones pues se repitió la secuencia: Favio, las balas y el desmadre. Inevitablemente fui arrasado hacia el palco, donde volvieron a agarrar al melenudo de los pelos. Solo que entonces el melenudo era yo. Maldita suerte.

Había roto el protocolo, en el vaivén por la tripa del tiempo, pequeños cambios habían ocurrido. La Gabi ya no estaba a mi lado y era yo quien recibía el trato violento. Y luego, llegó lo peor. No, lo peor vino después. Primero me golpearon sin piedad. Y cuando intenté escapar, recibí un culatazo de FAL que me sumió en un profundo y letárgico abismo de color rojo punzó. Al recobrar el conocimiento, yacía boca abajo en la cama de una habitación del Hotel Internacional de Ezeiza, a esa hora de la batahola, copado por un grupo de tareas. Estaba tan adolorido y mareado que apenas podía levantarme. A mi alrededor, la escena era aterradora.

—¿Dónde están los fierros? —interrogaba un individuo a un pibe recostado contra una pared tatuada con sangre, sosteniendo una manopla en una mano y una cadena en la otra. A pesar del tormento, el muchacho lo soportaba con entereza.

—¡Soy peronista! —respondió el muchacho con la esperanza de encontrar empatía con su captor.

Y yo, ingenuo, pensaba que todo estaría bien. Porque si algo podía enorgullecer al movimiento, era su unión, no la confrontación entre hermanos. Pero el individuo que lo torturaba se encargó de corregir mi inocente percepción del mundo hasta ese momento:

—Yo soy peronista, vos sos un zurdo hijo de puta —espetó antes de golpearlo nuevamente con la cadena y preguntar una vez más—: ¿Dónde están los fierros?

«Héroes, pero no mártires», hubiera intercedido el General. Cuánta ingenuidad y arrogancia emanaba de ambas partes al creerse los elegidos.

En medio de ese infernal escenario, recordé el papelito en mi bolsillo. Traté de extraerlo con disimulo y memorizar las cuatro líneas sin ser descubierto, pero fui torpe; uno de los gorilas se percató y alertó a los demás. Desesperado, ingerí la hojita cuadriculada. Acto seguido, recibí un brutal golpe en la cabeza. Y otro más. Pronto me arremetieron con otros objetos y como no largaba el rollo, literalmente, comenzaron a golpearme con una manguera hasta abrir surcos en mi espalda, tan profundos que las líneas en el papel quedaron fijadas en mi mente para siempre como las venas abiertas en mi carne lacerada.

Aun así, no se contentaron. Cubrieron mi cabeza con la funda de una almohada y me arrastraron por pasillos y escaleras hasta una furgoneta cuyo destino era incierto. Y yo que andaba sin miguitas.

—¡Bajá! —vociferó uno de ellos al detener la Citroneta, propinándome patadas en el trasero. Me invadía el terror de que mi destino estuviera sellado. No hace falta mencionar que me había orinado encima.

Nos encontrábamos en medio de un bosque, el mismo donde había estado con Anna poco antes. Entre ellos, se regodeaban dis-

frutando del sadismo del asesino que sabe que su crimen quedará impune. Preso de la desesperación, musité algo que cambiaría todo. Buscaba una salida y allí encontré la puerta.

—Los fierros están escondidos en una cabaña, acá cerquita... —tartamudeé entre sollozos, jurando que eso decía el papel que me había tragado.

Uno de los matones me quitó la funda de la cabeza con una severa advertencia:

—No más camelo, pendejo del orto.

Nos dirigimos hacia la cabaña y uno de ellos abrió la puerta de una patada.

—No hay nada —masculló apenas asomó la cabeza.

—Así que sos vivo —me retó el matón, sentenciando mi destino—: Ahora vas a aprender lo que es bueno.

Forcejeando y resistiéndome, intentaron meterme en la cabaña mientras yo me aferraba a las jambas del marco. Entonces pude percibir lo mismo que había conmovido a Anna. Esa materia indeterminada que me había llevado de ida y vuelta a Tokio aún estaba presente. Tenía una oportunidad de escapar y, ¿por qué no?, regresar con ella, tal como había imaginado en ese momento. Me dejé llevar por el impulso. Golpeé la puerta con fuerza y me sumergí en la oscuridad mientras ellos se disponían a calarla a balazos.

Así comenzó mi viaje.